

á tus últimas objeciones; porque, cuando me reprochas, Dionisódoro, el no tener en cuenta lo que dices, ¿qué pretendes? ¿No es que nada tengo que oponer á ellas? ¿Quieren tus palabras decir otra cosa que no tengo que contestar á tus argumentos?—Pero, tú mismo, ¿qué quieres que se oponga á los tuyos? Responde, Sócrates.—Pero Dionisódoro, exclamé.—¿Cómo no quieres contestar?—¿El primero? No es justo, repliqué.—Muy justo, por el contrario.—¿Por qué razon? Sin duda porque, siendo un hombre maravilloso en el arte de hablar, sabes perfectamente cuándo debe responderse y cuándo no. Así, no me respondes, porque encuentras que no es oportuno hacerlo ahora.—Eso es ton-tear y no responder, dijo; pero, créeme, haz lo que te digo, y, puesto que estás conforme en que soy más hábil que tú, contéstame.—Preciso será obedecer; es necesario, puesto que eres el maestro. Interroga cuanto te plazca.—Las cosas que quieren decir algo, ¿son animadas ó no?—Son animadas.—¿Conoces palabras animadas?—No, por Júpiter.—¿Por qué, pues, preguntabas antes lo que mis palabras querían decir?—¿Qué sé yo? Porque soy un ignorante. Acaso no estaré engañado al atribuir cierta inteligencia á las palabras; ¿qué te parece? ¿He dicho bien ó mal? Porque, si

no estoy equivocado, nada puedes decir de mis palabras; y, si lo estoy, te has engañado al decir que es imposible equivocarse; no te recuerdo ahora opiniones de hace un año; pero todo esto se reduce á lo mismo: á discursos que, siempre, destruyendo á los demás, se destruyen ellos mismos; y contra esto es contra lo que me parece que no estáis prevenidos, por mucha sutilidad que se admire en vuestras palabras. En este momento, exclamó Ctesipo: Buenos amigos de Turium, de Chios, ó de la ciudad que os plazca, todo esto es muy bonito; pero, parece que os divertís en soñar despiertos. Temeroso de que vol-viesen á las injurias, traté entonces de apaciguarle, y le dije: Te repetiré, Ctesipo, lo que he dicho á Clinias: no conoces la maravillosa ciencia de estos extranjeros; antes de enseñarnosla con seriedad, nos la ocultan como Proteo, el sofista egipcio de Homero. Pero, á nuestra vez, no nos enfademos, imitemos á Menelao, y no les demos punto de reposo hasta que nos descubran formalmente su secreto; porque, si quieren, no dudo que pueden enseñarnos cosas admirables. Empleemos, pues, las súplicas y los conjuros para obtener de ellos este beneficio. Pero antes quiero explicarles lo que de ellos deseo; y para esto voy á proseguir el discurso en que fuí

interrumpido. Tal vez así consiga que de mí se apiaden y me instruyan de buena fé, así como de buena fé deseo ser instruido.

¿En qué estábamos, Clinias? le dije, ¿no era en el punto en que habíamos confesado nuestro mútuo acuerdo en que es necesario dedicarse á la filosofía? —En el mismo.—La filosofía ¿no es la adquisicion de una ciencia?—Seguramente.—Pero ¿qué ciencia debemos adquirir? ¿No es la que nos es provechosa?—La misma.—Si sabemos encontrar, buscándole sobre la tierra, el país en que se encuentra el oro, este conocimiento ¿nos será útil?—Es posible, dijo.—Pero ¿no recuerdas que hemos convenido en que todo el oro del universo, áun cuando le poseyéramos sin necesidad de cavar la tierra, y el arte mismo de trocar las piedras en oro, nos serian inútiles si no sabíamos usar bien de él?—Lo recuerdo.—Parece tambien cierto que ninguna ciencia, ni el arte de enriquecerse, ni la medicina, ni otra alguna, es útil si antes no se aprende á servirse de ella.—Clinias lo confesó.—Por ejemplo, la que nos hiciera inmortales de nada nos serviria si no nos enseñaba á servirnos de la inmortalidad, en virtud de lo que hemos dicho.—De nada.—Necesitamos, pues, Clinias, de una ciencia que sepa hacer y usar de lo

que hace.—Lo confieso, dijo.—No es, pues, necesario que aprendamos la ciencia del fabricante de liras. Porque hay mucha diferencia entre un fabricante y un tocador de lira; el modo de hacer una lira y el de servirse de ella, no es el mismo ¿no es verdad?—Sin duda.—¿Qué necesidad tenemos del arte de hacer flautas, si no nos enseñan á tocarlas?—Ninguna.—Pero en nombre de los dioses, para ser felices ¿deberemos aprender á hacer arengas y discursos?—No lo creo.—¿Por qué?—Porque he visto á los oradores servirse tan mal de sus arengas como á los fabricantes de instrumentos de sus liras; las hacen para los demás que saben emplearlas y no hacerlas; el arte de componer y el de utilizar lo compuesto no son uno mismo.—Hé aquí, le dije, lo que demuestra suficientemente que el arte de arengar no es capaz de hacer la felicidad de los hombres. Imaginaba yo, Clinias, que esta era la ciencia tanto tiempo buscada; porque, si he de decirte verdad, siempre que hablo con los oradores los encuentro admirables y su arte me parece divino; áun le considero como una especie de encantamiento; porque lo mismo que mediante la virtud del encantamiento se endulza y suaviza el furor de las víboras, de las arañas, de los escorpiones y de los demás ani-

males venenosos y de las enfermedades; las arengas tienen también el poder de calmar el corazón de los jueces, de los auditorios, de las asambleas y de las muchedumbres. ¿No opinas así?—Desde luego.—¿A dónde nos dirigiremos, pues? ¿Qué ciencia debemos buscar?—Aún vacilo, dijo Clinias.—Creo haberla descubierta, exclamé.—¿Cuál?—El arte militar es, en mi opinión, dije, el que debe adquirirse para ser dichoso.—Me parece que te equivocas.—¿Por qué?—Porque es solo una caza de hombres.—¿Y bien?—El cazador, dijo, no hace sino descubrir y perseguir su presa; la coje, pero no sabe qué hacer de ella y la coloca, como el pescador, en manos del cocinero. Los geómetras, los astrónomos, los aritméticos, son también cazadores; no hacen las figuras y los números, los encuentran hechos y no saben cómo utilizarlos; los más prudentes los dan á los dialécticos, á fin de que hagan de ellos uso.—¿Es esto verdad, Clinias?—Sin duda; y asimismo los generales de los ejércitos, una vez que se apoderan de una plaza fuerte ó de un territorio, le abandonan á los políticos; porque ellos, como los cazadores de pajarillos, despues de haberlos visto en las mallas de sus redes, los entregan á otros que los alimentan. Si, pues, para hacernos dichosos, necesitamos de un

arte que sepa usar de lo que hace y produce, busquémosle en otro que no sea el arte militar.

CRI.—¿Te burlas, Sócrates? ¿Será posible que Clinias haya dicho todo cuanto acabo de oír?

Sóc.—¿Lo dudas?

CRI.—Sí, por Júpiter, lo dudo; porque si ha hablado de esta suerte, no ha hecho sino de Eutidemo ó de cualquier otro que por maestro se tenga.

Sóc.—¿Por los dioses! ¿habrá sido Ctesipo quien habrá dicho todas estas cosas? Porque no lo recuerdo bien.

CRI.—¿Ctesipo dices?

Sóc.—Por lo ménos, aseguro que ni Eutidemo ni Dionisódoro las han dicho. A ménos que no hayan sido pronunciadas, Criton querido, por algun espíritu superior. Pero de haberlas oído estoy seguro.

CRI.—Sí, por vida mia, cualquiera que haya sido su autor, es un espíritu superior; pero, en fin, ¿hallásteis ó no esa ciencia que buscábais?

Sóc.—¿Cómo si la hallamos? Fué una cosa triste; nos sucedió como á los niños que corren tras las mariposas; cuando pensábamos cojer una, se nos escapaba, y para no contarte todas las ciencias que examinamos, llegamos al arte de reinar y nos preguntamos si era capaz de hacer á los hombres dichosos.

Pero como si hubiéramos caído en un laberinto, creyendo estar al fin, nos encontramos en el comienzo, poco más ó ménos que antes.

CRI.—¿Cómo fué esto, Sócrates?

Sóc.—Te lo diré: la política y el arte de gobernar nos parecieron la misma cosa.

CRI.—¿Y bien?

Sóc.—Viendo que el arte militar y todos los demás someten sus obras á la política, como á la única ciencia que de ellas sabe hacer buen uso, creímos que era esta la ciencia que buscábamos, que ella era la causa del bienestar público, y que, en fin, como dice Esquilo, que ella sola gobernaba y regulaba todo en el interés comun.

CRI.—¿Os engañásteis, sin embargo?

Sóc.—Tú mismo juzgarás, Criton, ten solamente paciencia para escuchar el resto. Continuamos nuestra indagacion del modo siguiente: este arte de gobernar, á que todos los demás están sometidos, ¿hace algo ó no? Ambos confesamos que hacia algo, y sospecho que esta tambien será tu opinion.

CRI.—Sin dificultad.

Sóc.—¿Cuál es, pues, su obra? Si yo te preguntase ¿qué produce la medicina? me contestarias: la salud.

CRI.—Sí.

Sóc.—Y la agricultura á que te de-

dicas ¿qué hace? Me contestarias que extrae los alimentos de la tierra.

CRI.—Es cierto.

Sóc.—Y la ciencia de gobernar, por su parte, ¿qué produce? Tal vez me pedirias tiempo para pensar en ello.

CRI.—Lo confieso, Sócrates.

Sóc.—Nosotros lo mismo; pero tú sabes, al ménos, que si es la ciencia que buscamos, debe ser provechosa.

CRI.—Ya lo creo.

Sóc.—¿Es decir, que debe reportarnos bien?

CRI.—Necesariamente, Sócrates.

Sóc.—Convinimos, pues, Clinias y yo, en que el bien era una ciencia.

CRI.—Lo has dicho, en efecto.

Sóc.—Ahora bien: lo que parece ser la principal obra de la política, es la riqueza, la libertad, la union de los ciudadanos; sin embargo, hemos hallado que todas estas cosas no eran ni bienes ni males; es, pues, necesario que la política, para ser una ciencia útil á los hombres y que los haga dichosos, los haga asimismo instruidos.

CRI.—Has dicho que habiais convenido en ello.

Sóc.—Pero, ¿la ciencia de gobernar, hace á los hombres buenos y sabios?

CRI.—¿Qué lo impide, Sócrates?

Sóc.—Pero ¿hace á todos buenos y en todas las cosas y les dá una ciencia universal?

CRI.—No, seguramente.

Sóc.—Pero ¿qué ciencia nos proporciona, y de qué nos aprovecha? Preciso es, pues, que no sepa hacer sino cosas que no son buenas ni malas; no debe, por otra parte, enseñarnos otra ciencia que ella misma; digamos cuál es y para qué es buena: ¿Diremos, Criton, que es una ciencia con la cual podemos hacer virtuosos á los hombres?

CRI.—Este es mi parecer.

Sóc.—Pero ¿para qué serán buenas y útiles las gentes virtuosas? ¿Diremos que harán tales á otras y aquellas á otras á su vez? Pero ¿cómo decir en qué son buenas, si no sabemos todo lo que debe pasar por obra de la política? Así, no hacemos si no repetirnos sin cesar, y como te decía, cada vez alejarnos más y más de esa ciencia que hace á los hombres virtuosos.

CRI.—Por Júpiter, Sócrates, me veo en grave apuro.

Sóc.—Así, viéndonos sumidos en estas dificultades, extendí las manos á Eutidemo y á Dionisódoro y les pedí humildemente, como Castor y Polux, tuviesen, en fin, piedad de Clinias y de mí, apaciguando esta tempestad y nos enseñasen seriamente esta ciencia de que necesi-

tábamos para pasar felizmente el resto de nuestra vida.

CRI.—Y bien, ¿Eutidemo os la enseñó?

Sóc.—¿Cómo si nos la enseñó? Sí, verdaderamente, y de un modo admirable. Mira cómo comenzó á hablar.

¿Quieres, Sócrates, me dijo, que te enseñe esta ciencia cuya indagacion os causa tanto trabajo ó que te demuestre que la posees ya?—¡Oh, divino Eutidemo! exclamé, ¿depende esto de tí?—Absolutamente, contestó.—¡Por Júpiter, hazme, pues, ver que la poseo, esto me será más cómodo que aprenderla á mi edad!—Pues bien, contéstame, dijo: ¿Sabes alguna cosa?—Sí, sé muchas cosas, pero de poca importancia.—Esto basta, ¿Crees que, entre las cosas que son, hay alguna que no sea lo que es?—¡Por Júpiter! esto no es posible.—¿No dices que sabes alguna cosa?—Sí.—¿No eres sábio si sabes?—Soy sábio ó sabedor de lo que sé.—No importa, dijo; para ser sábio ¿no es necesario que lo sepas todo?—Es necesario, puesto que ignoro mucho más de lo que sé.—Pero, si ignoras alguna cosa ¿eres ignorante?—Sí, de lo que ignoro, querido.—Pero, sin embargo, eres ignorante y ántes nos asegurabas que eras sábio; así tú eres lo que eres y al mismo tiempo, no lo eres.—Bueno, Eutidemo,

hablas como un libro; pero ¿cómo demuestras que poseo esta ciencia que buscamos? ¿no es imposible que una cosa sea y no sea? De modo que, si sé una cosa, debo saberlo todo, porque no puedo ser sábio é ignorante á la vez y si lo sé todo, debo poseer tambien esta ciencia. ¿No es esto? ¿No es así como raciocináis? ¿No es esto lo que llamais ciencia verdadera?—Te refutas tú mismo, Sócrates.—Díme, ¿hay cosas que sabeis y otras que no sabeis?—No, me contestó Dionisódoro.—¿Cómo, repuse, nada sabeis?—Sí sabemos.—¿Si algo sabeis, lo sabeis todo?—Sí, lo sabemos todo, y tú tambien lo sabes todo, si algo sabes.—¡Júpiter, qué maravilla! Pero los demás hombres ¿lo saben tambien todo, ó no lo saben?—No puede ser que ignoren unas cosas y sepan otras, que sean sábios é ignorantes á la vez.—¿Qué diremos, pues? pregunté.—Diremos que todos los hombres lo saben todo, si algo saben.—¡Dioses! Ahora conozco, Dionisódoro, que habeis atendido mi súplica y que, por fin, habláis en sério; pero ¿es cierto que lo sabeis todo? ¿Sois carpinteros y curtidores?—Sí.—¿Sois tambien zapateros?—Sí, por Júpiter, zapateros y remendones tambien.—¿No ignorais pues, el número de los astros ni de los granos de arena?—Todo esto es de

nuestro conocimiento ¿crees que no lo afirmamos?

Ctesipo tomó entonces la palabra. ¡Oh, Dionisódoro! dijo: hazme ver por medio de alguna experiencia que decís la verdad.—¿Qué experiencia exijes?—¿Sabes cuántos dientes tiene Eutidemo y sabe él cuántos tienes tú?—Bástete saber que lo sabemos todo.—No es bastante, respondió al ménos una vez, para demostrarnos que decís verdad; pero si decís precisamente uno y otro cuántos dientes teneis y el número es exacto, porque los quiero contar, no dudaremos de vuestra palabra y os creeremos en adelante.—Ellos, suponiendo que Ctesipo se burlaba, no le contestaron sino que generalmente sabian todas las cosas. Ctesipo, por su parte, les hacia preguntas cada vez más grotescas. A las que persistian en contestar que lo sabian todo, como el jabalí que él mismo se clava en el venablo. Esto hizo que me decidiese tambien á preguntar á Eutidemo si Dionisódoro sabia bailar.—Eutidemo me asegura que sí.—Pero, ¿bailará sobre espadas desnudas cabeza abajo? ¿rodará? Encuentro el ejercicio un poco fuerte para un hombre de su edad.—Nada hay que ignore, respondió.—Pero, ¿hace poco que lo sabeis todo ó lo habeis sabido siempre?—Siempre.—¡Qué, desde vuestra

más tierna infancia, desde que habeis nacido, lo sabeis todo?—Sí, todo; contestaron simultáneamente ambos.

Esto nos pareció increíble; entonces Eutidemo dirigiéndose á mí: ¿No nos crees, Sócrates? me dijo.—Me pareceis demasiado hábiles.—Si quieres contarme, te haré á tí mismo confesar todas estas admirables cosas.—Te quedaré en extremo obligado si llegas á convencerme; porque, habiendo ignorado hasta aquí mi ciencia, ¿qué mejor servicio me podrías prestar que hacerme conocer que nada ignoro y que siempre he sabido todas las cosas?—Contéstame, pues.—Consiento en ello; pregunta.—Dime, Sócrates, ¿sabes algo ó nada sabes?—Sé algo.—¿Eres sábio mediante la cosa que hace que sepas ó por alguna otra cosa?—Soy por medio de lo que hace que sepa, quieres decir de mi alma, ¿no es esto?—¿Dónde has aprendido á interrogar, Sócrates, cuando se te pregunta?—¿Qué debo hacer? manda y obedeceré, aunque no sepa completamente sobre qué me preguntas y no me sea lícito interrogarte.—¿Comprendes algo de lo que te pregunto?—Sí.—Contesta, pues, á lo que comprendes.—Pero, dije, si al preguntarme tienes una cosa en el pensamiento y yo tengo otra, al contestarte, ¿estarás satisfecho?—Es bastante para mí, pero no

para tí á lo que parece.—Nada responderé, pues, sin saber qué es lo que se me pregunta.—No cuidas, pues, de responder segun tu pensamiento, porque no dices sino niñerías.—Conocí por estas palabras que no encontraba bien que yo hubiera adivinado la ambigüedad de sus palabras, en que me pretendía envolver como en una red. Me acordé entonces de Counos, que se enfada todos los días conmigo, cuando no hago lo que quiere y me deja como ignorante é imbécil. Pero, en fin, como habia resuelto ligarme con estos extranjeros, creí que debia obedecerles, por temor de que me rechazasen como á un mentecato. Dije, pues, á Eutidemo: Sea lo que te plazca, tú conoces mucho mejor que yo las leyes de la polémica, porque eres mi maestro y yo no soy sino un discípulo. Vuelve á tus preguntas desde el principio.—Contesta, pues: lo que sabes, ¿lo sabes por medio de alguna cosa ó de nada?—Lo sé por medio de mi alma.—Hé aquí un hombre que contesta más aún de lo que debe; no te pregunto por qué lo sabes, sino si lo sabes por alguna cosa.—Mi ignorancia me ha hecho contestar más de lo que me preguntabas; pero perdóname, voy á contestar exactamente: lo que sé, lo sé siempre por medio de alguna cosa.—¿Lo sabes

siempre por el mismo medio, ó bien por un medio unas veces y otras por otro distinto?—Cuando se es siempre por medio de la misma cosa.—¿No podrás contestar sin añadir palabra? exclamó.—Pero, respondí, es por temor de que ese *siempre* nos engañe.—No digas *nos*, sino *me*. Contesta: ¿Sabes siempre por el mismo medio?—Siempre, puesto que debo quitar el *cuándo*.—Sabes, pues, siempre por este medio. Y, ¿cómo sabes siempre? ¿Hay alguna cosa que sabes por este medio y otras que no, ó bien por este medio sabes todas las cosas?—Por este medio sé todo lo que sé.—¡Hé aquí que has incurrido en la misma falta!—Pues bien; quite-mos además el *lo que sé*.—No quites nada, no es esto lo que exijo. ¿Podrias saber siempre si no supieras todas las cosas?—Es imposible.—Dí ahora cuanto te agrade, pero ya me has confesado que lo sabes todo.—En efecto, sé todo si prescindes del *cuándo* y del *lo que sé*.—¿No has confesado que sabias siempre por medio de lo que hace que sepas? Has concedido, pues, que sabes siempre y que lo sabes todo. Es claro, por consiguiente, que cuando naciste, y antes de nacer y aún antes de venir al mundo, sabias todo, puesto que sabes siempre; y por Júpiter, que si yo lo quiero, sabrás.—Incomparable Eutidemo, te suplico tengas á bien que-

rer, si eso es cierto; pero temo que no tengas para ello el poder suficiente, á ménos que tu hermano Dionisódoro acceda. Sin embargo, hacedme la merced de aclararme una duda. Me guardaré de combatir vuestras opiniones, puesto que al asegurarme que lo sé todo, casi me lo haceis creer, por decirlo vosotros, que poseeis una sabiduría capaz de asombrar al universo. Pero díme Eutidemo: ¿cómo es posible que yo sostenga que sé que las gentes honradas son injustas? ¿Sé yo esto ó no lo sé?—Lo sabes.—¿Qué?—Que las gentes honradas no son injustas.—Hace mucho tiempo que estoy de ello persuadido; no es esto lo que te pregunto, sino dónde he aprendido que las gentes honradas son injustas.—No lo has aprendido, contestó Dionisódoro.—No lo sé, pues.—Entonces prorumpió Eutidemo: Dionisódoro, tú nos engañas, ¿no ves que le haces ahora sábio á la vez que ignorante?—Dionisódoro se puso encarnado. Y yo, dirigiéndome á Eutidemo: ¿Qué dices? exclamé. ¿Cómo ha podido contestar mal tu hermano sabiéndolo todo? Aquí Dionisódoro replicó vivamente: ¿Yo, dices, hermano de Eutidemo?—Un poco de paciencia, Dionisódoro, le dije, hasta que Eutidemo me demuestre que sé que las gentes honra-

das son injustas; no seas celoso de que me enseña esta curiosa verdad.—Huyes, Sócrates, y no quieres contestar, replicó.—¿No tengo para ello razon siendo el más débil? ¿Cómo he de poder defenderme contra ambos? Yo no soy tan fuerte como Hércules, que no hubiera podido resistir á la vez á la *hidra*, aquella sofista de tantas cabezas, y á Cáncer, otro sofista marítimo, y creo que Hércules, estrechado cada vez más, no hubiera vencido sin el auxilio de su sobrino Iolas, que llegó en su ayuda muy á tiempo. Pero, en cuanto á mí, si Patroclo, mi Iolas, viniese tambien en mi ayuda, las cosas no irían mejor.—Contéstame, dijo Dionisódoro, puesto que hablas así, ¿Iolas era solo sobrino de Hércules ó lo era tambien tuyo?—Preciso es contestarte, porque no me dejarias en paz con tus preguntas, impidiendo que el sábio Eutidemo me enseñe lo que de él quiero aprender.—Contéstame, pues, dijo.—Sí, te contesto que Iolas era sobrino de Hércules y que me parece que no era del todo el mio, porque mi hermano Patroclo no era su padre, sino Ifieles, que era hermano de Hércules.—¿Patroclo, es, pues, tu hermano?—Sí, hermano de madre y no de padre.—¿Es, pues, tu hermano, y no lo es?—Es cierto, no es hermano de padre, porque su padre se

llamaba Cheredemes, y el mio Sofronisco.—Pero ¿Cheredemes era padre y Sofronisco tambien?—Sin duda; Cheredemes era padre de Patroclo, y Sofronisco lo era mio.—Cheredemes, ¿era otra cosa que padre?—Sí, otra cosa que mi padre.—¿Era padre, siendo otra cosa que padre? ¿O eres tú mismo una piedra?—Temo parecerte tal, y me parece, por lo tanto, que no lo soy.—¿Tú eres, pues, otra cosa que una piedra?—Sí.—Puesto que eres otra cosa que una piedra, no eres una piedra y sí eres otra cosa que el oro no eres oro.—Seguramente.—Asimismo, puesto que Cheredemes era otra cosa que padre, no era padre.—Diríase, respondí.—Eutidemo añadió: si Cheredemes no es padre y Sofronisco es otra cosa que padre, no es padre. Así, Sócrates, tú no has tenido padre.

Ctesipo entonces, tomando parte en la discusion, preguntó: ¿Pero vuestro padre, asimismo, no era otro que mi padre?—¡Bueno seria! exclamó Eutidemo.—¿Era el mismo?—El mismo.—No pasaré por esto; pero ¿era solamente mi padre ó era padre tambien de todos los hombres?—De todos los hombres. ¿Querías que un hombre fuese padre y no lo fuese?—Por mi parte lo hubiera creido, dijo Ctesipo.—¿Que el oro no fuese oro y un hombre no fuese hom-

bre?—Ten cuidado, Eutidemo, no sigas un camino escabroso.—Verdaderamente, me enseñas una cosa admirable, que tu padre es padre de todos los hombres.—Lo es siempre.—¿Pero es solo padre de todos los hombres ó lo es tambien de los caballos y de los demás animales?—Lo es tambien de todos los animales.—¿Y tu madre es tambien la madre de todos los animales?—Lo es tambien.—¿Tu madre, es, pues, madre de todos los cangrejos marinos?—Y la tuya tambien.—Los peces, los perros y los cochinos, ¿son, pues, tus hermanos?—Y tambien los tuyos.—¡Qué! ¿Será un perro tu padre?—Lo será, y el tuyo otro. Al llegar aquí: si quieres contestarme, dijo Dionisódoro, te lo haré contestar. Dime, ¿tienes un perro?—Sí, y muy travieso.—¿Tiene otros pequeñitos?—Sí, más traviosos que él.—¿No es el perro su padre?—Sí, yo mismo le he visto cubrir á la perrita.—Este perro, ¿es tuyo?—Sí.—El perro es tuyo y es padre: luego es tu padre.—Dionisódoro, siguiendo su plan, temeroso de ser interrumpido por Ctesipo, le dijo, contéstame aún dos palabras: ¿Pegas al perro?—Ctesipo le contestó riendo: sí, por los dioses, le pego, y podría tambien pegarte á tí.—¿Pegas, pues, á tu padre?—Los palos que le doy estarian mejor empleados en el vuestro, por ha-

ber puesto en el mundo hijos tan sábios. Pero Eutidemo, vuestro padre, que es padre tambien de todos los perros de la tierra, ¿saca muchas ventajas de vuestra maravillosa sabiduría?—Ni él ni tú, Ctesipo, necesitais muchos bienes.—¿Y tú, Eutidemo?—Como todos los demás hombres, ¿crees que es un bien ó que no lo es, para un enfermo, tomar una pócima para restablecer su salud? Y un hombre que vá al combate, ¿debe llevar armas ó no llevarlas?—Lo creo, pero ya advierto que vas á deducir de aquí una bonita consecuencia.—Juzga tú mismo, pero ahora contéstame: puesto que confiesas que es bueno á un enfermo tomar una pócima cuando la necesita, será bueno que tome la mayor cantidad posible y todo el jugo que pueda extraerse de un carro de hierbas le hará mayor bien.—Siempre, Eutidemo, que el enfermo sea tan grande como la estatua de Delfos.—Y, puesto que es bueno armarse, continuó Eutidemo, ¿cuando se vá á la guerra, deberá llevarse la mayor cantidad posible de venablos y de escudos?—De ello estoy persuadido, dijo Ctesipo; pero tú, Eutidemo, no lo crees así, puesto que te contentas con llevar un solo escudo y un solo venablo.—Sí, dijo.—Si ahora fuéseis á combatir á Geryon ó Briareo, ¿no os harian más falta? Verdade-

ramente, Eutidemo, os creia más hábiles como maestros de armas, á tu hermano y á tí.

Enmudeció Eutidemo; pero Dionisódoro, replicó: ¿te parece que es un bien tener oro?—Sí, dijo Ctesipo, y mejor mucho que poco.—Y ¿no lo es tener siempre y en todas partes buenas cosas?—Sí, las más posibles.—¿Confiesas, pues, que el oro es un bien?—Ya lo creo.—¿Lo será, pues, tener mucho oro en todas partes? Así sería muy feliz quien tuviera tres talentos de oro en el cuerpo, uno en la cabeza y dos en los ojos?—Se dice, en efecto, Eutidemo, contestó Ctesipo, que entre los scitas eran considerados como más ricos y aún honrados, los que tenían más oro en sus cráneos (en los que quitaban á sus enemigos y hacian *suyos*), para hablar como tú, que decia que un perro era mi padre; lo más maravilloso era que bebían en sus cabezas doradas y tenían las frentes en las manos, sin dejar por eso de ver.—Eutidemo, preguntó: ¿un scita ó un hombre cualquiera, ve lo que puede ver ó lo que no puede ver?—Ve lo que puede ver.—¿Y tú, Ctesipo?—Lo mismo.—¿No ves nuestros vestidos?—Los veo.—Son, pues, susceptibles de vista, pueden ver.—¡Valor! exclamó Ctesipo.—¿Qué es eso? preguntó Eutidemo.—Nada; pienso que

tú mismo no crees que tus vestidos ven. Pero, á la verdad, Eutidemo, diríase que sueñas despierto; parece que á la vez hablas y nada dices.

Aquí Dionisódoro entró en liza: ¿no es imposible, dijo, hablar, y á la vez no decir nada?—Completamente imposible.—¿Y callar y hablar al mismo tiempo?—Méno posible aún.—¿Cuando dices una piedra, dices algo que se calla, lo mismo que cuando dices madera ó hierro?—No, respecto del hierro, porque cuando se le golpea en la fragua produce ruido; así, esta vez no has buscado bien tus ejemplos; pero pruébame lo demás que puede hablarse y callar á la vez.—Ctesipo, en este momento parecia esforzarse por agradar á su amigo. Eutidemo comenzó así: ¿cuando callas, no callas todas las cosas?—Sin duda.—Callas, pues, las cosas que hablan, porque las cosas que hablan son del número de todas las cosas.—Pero, replicó Ctesipo, ¿todas las cosas se callan?—No, ciertamente, dijo Eutidemo.—¿Todas las cosas, hablan, pues?—Las que hablan.—No es esto lo que te pregunto, dijo Ctesipo, sino si todas las cosas callan ó hablan.—Ni lo uno ni lo otro, y las dos cosas juntas, dijo Dionisódoro precipitándose en la disputa; y nada tendrás que oponer á esta respuesta.—Ctesipo, segun su costumbre,

prorrumpió en grandes carcajadas.—
¡Oh, Eutidemo, exclamó, tu hermano
no sabe en dónde se halla; está derro-
tado en toda regla!—Clinias sonrió, y
Ctesipo, no cabiendo en sí de alegría,
parecía aún más alto de lo que es.—Por
mi parte, noté que, bromeando, Ctesi-
po habia aprendido escuchándolos, y
volvía contra ellos sus propios artifi-
cios; porque, por lo demás, preciso es
confesar que la sabiduría de Eutidemo
y de Dionisódoro no tiene igual en el
mundo. Entonces me dirigí á Clinias y
le dije.—¡Te ries de cosas tan bellas y
serias!...—Dionisódoro entonces: ¿Has
visto, Sócrates, me dijo, alguna cosa
bella?—Sí, le contesté, y áun muchas.
—¿Son diferentes de lo bello ó la mis-
ma cosa?—Esta pregunta me sorpren-
dió, y me creí justamente castigado por
mi inoportunidad en hablar. Al azar,
por lo tanto, respondí: son diferentes
de lo bello por más que cada una re-
tenga y encierre en sí alguna belleza.—
Pero ¿si un buey estuviese contigo, se-
rias un buey? ahora que estoy contigo,
¿eres tú Dionisódoro?—¡No digas blas-
femias!—Pero ¿cómo, insistió, lo que
es distinto de otra cosa puede ser como
ella estando con ella?—¿Lo dudas? dije.
Porque pareciéndome infinita la sabidu-
ría de estos extranjeros, traté tambien
de imitarla.—¿Cómo no dudar de una

cosa que no es?—¿Qué dices, Dionisó-
doro, le increpé? ¿Lo bello no es lo be-
llo, y lo feo no es lo feo?—Sí.—¿Lo
mismo no es lo mismo, y lo diferente lo
diferente? porque no es posible que lo
diferente sea lo mismo. Por mi parte,
no hubiera supuesto en un niño que du-
dase que lo que no es lo mismo no es lo
mismo. Pero Dionisódoro, esto lo has de-
jado escapar premeditadamente, porque
nada habeis descuidado de lo que es
necesario para hacer buenos discursos,
semejantes á los artesanos que nada
descuidan de lo que es propio á su ofi-
cio.—¿Sabes lo que conviene hacer á
cada artesano? ¿Sabes lo que debe ha-
cer el forjador?—Sí, forjar.—¿A quién
corresponde trabajar el barro?—Al ca-
charrero.—A quién extrangular, dego-
llar y hacer cocer y asar la carne en
pedazos?—Al cocinero.—El que hace lo
que le es propio, ¿hace bien?—Muy
bien.—Conviene matar y degollar al co-
cinero, ¿no lo has dicho?—¡Ay! sí, per-
dóname.—Aquel, pues, que degüelle al
cocinero hará lo que conviene.—¡Oh,
Neptuno, exclamé, qué sabiduría! ¿No
podreis hacerme partícipe de ella?—
Aun cuando la tuvieras, Sócrates, ¿la
conocerías?—Si no te molesta, creeré
que sí.—¿Piensas, pues, conocer lo que
es tuyo?—Seguramente, en tanto que no
me hagais ver lo contrario, porque esto

depende de vosotros, empezando por tí y acabando por Eutidemo.—¿Crees que las cosas de que eres dueño te pertenecen, que puedes usar de ellas como te plazca, venderlas, sacrificarlas á los dioses, como los bueyes y los carneros, y que aquellas de que no puedes disponer así no te pertenecen?—Yo, que esperaba la continuacion magnífica de este bello preámbulo, contesté que creía que las primeras de que podía disponer, me pertenecian.—¿No llamas animal á lo que tiene un alma?—Sí, contesté.—¿Confiesas que los animales con que puedes hacer todo cuanto he dicho son tuyos?—Lo confieso.—Dionisódoro se detuvo aquí é hizo una pausa en que pareció meditar un razonamiento profundo. Despues dijo de pronto: dime, ¿no tienes un Júpiter paternal?—Vacilando, por mi parte, en si vendria á parar á donde efectivamente vino, busqué una salida para evitar la red en que pretendia envolverme, y le dije: No le tengo, Dionisódoro.—Ciertamente es preciso que seas bien miserable. ¿Y eres ateniense? ¿Y no tienes dioses, ni sacrificios paternales, ni todas estas cosas tan hermosas?—Habla con un poco más de suavidad y no me reprendas tan rudamente. Tengo altares, tengo paternales sacrificios; nada me falta, en fin, en este punto, de

lo que poseen los demás atenienses.—Y bien, replicó, los demás atenienses tienen un Júpiter paternal.—Ni los de Ionia, le dije, ni todos los que toman su origen de Atenas, conocen este nombre. Tenemos tambien un Apolo paternal, padre de Ion, pero no le llamamos Júpiter padre, le llamamos protector de Atenas, guardian de nuestras tribus, como lo es tambien Minerva.—No he de preguntarte más; ¿tienes, pues, un Apolo, un Júpiter y una Minerva?—Es verdad.—¿No son *tus* dioses?—Son nuestros padres, nuestros amos.—Pero son tus dioses, ¿no lo acabas de confesar?—Y bien, sí, lo confieso, ¿qué consecuencia sacas?—¿Los dioses no son animales? Tienen un alma seguramente y has convenido en que todo lo que tiene un alma es un animal.—Tienen un alma.—¿Son, pues, animales?—Sea, animales.—Ahora bien; decias que eras dueño de tus animales y que podrias venderlos y sacrificarlos.—No puedo negar lo que antes he dicho.—Entonces, Dionisódoro, puesto que dices que Júpiter y todos los demás dioses son tuyos, ¿te es permitido darlos, venderlos, segun tu capricho, como los demás animales que te pertenecen?—Anonadado con el peso de este discurso, Criton, enmudecí. Ctesipo quiso acudir en mi ayuda.—¡Buen Hércule sí exclamó; ¡admirable razonamien-

to!—Al punto dijo Dionisódoro: ¡Bueno! ¿Cómo, Hércules es buen Dios y buen Dios Hércules?—¡Oh, Neptuno! exclamó Ctesipo, á este golpe abandono la partida; estas gentes son invencibles!

No hubo allí, amigo Criton, uno solo de los asistentes que no admirase estos razonamientos; y Dionisódoro y Eutidemo comenzaron á reir con tal fuerza, que llegué á temer les hiciera la risa daño. A la verdad, sus discípulos aplaudieron antes mucho cuanto decia; pero ahora, las mismas columnas del liceo parecian aplaudir. Por mi parte, confesé ingénuamente que no habia visto jamás hombres tan hábiles como estos, y, en cualidad de admirador de su sabiduría, les prodigué todo género de alabanzas.—Hombres afortunados, dije, ¡con cuánta facilidad, con qué prontitud, habeis acabado una empresa tan difícil! En vuestros discursos, Eutidemo y Dionisódoro, hay muchas cosas notables; pero, entre otras, la primera es la de que no os cuidais del pueblo, ni aún de las gentes serias; no considerais sino á los que se os parecen; porque sé ciertamente que sólo los que se os parecen aprecian vuestra ciencia y aún podría asegurar que el resto de los hombres la menosprecian, á tal extremo, que experimentarían ménos ver-

güenza de refutar á los demás con estos artificios, que de ser ellos mismos refutados. Encuentro aún algo dulce, y es, que cuando decís que nada hay bueno, ni bello, ni blanco, ni negro; que ninguna cosa difiere de otra, es cierto, de lo que os gloriáis; que sellais los labios de los demás; pero, por un exceso de bondad, os los sellais vosotros mismos, y esto consuela, en cierto modo, á aquellos á quienes vuestros razonamientos reducen al silencio. Pero, lo que en más estimo, es que habeis inventado cosas tan sutiles, que, en ménos de nada, se puede ser en ellas instruido; porque he notado que, en un instante, Ctesipo os ha sabido imitar. Es bella cosa que podais enseñar en tan poco tiempo el misterio de vuestro arte; sin embargo, no os aconsejo que le comuniquéis á muchas personas; y aún, si quereis creerme, no hableis ante las grandes asambleas, porque os robarán vuestro secreto y no se os quedarán obligadas. No hableis de él sino entre vosotros y vuestros amigos, y no le enseñeis sino por dinero; y, si quereis acertar, advertid á vuestros discípulos que no hablen de él sino entre ellos ó con vosotros; porque ya sabeis que la rareza dá precio á las cosas: el agua, como dice Píndaro, es excelente; pero, por ser muy comun, no es esti-